

“Rehabitar la casa”: subjetividades políticas y memorias de la ausencia en tiempos de insurgencia y contrainsurgencia en Colombia

TANIA MARCELA HERAZO MAYORGA Y ANA GUGLIELMUCCI

Resumen

Este artículo explora la configuración de subjetividades asociadas a experiencias de violencia política en Colombia durante las décadas de 1980 y 1990. A partir de entrevistas etnográficas y análisis de archivo, se analiza cómo tres familiares de víctimas de violencia política han sobrevivido la ausencia de sus seres queridos, ya sea por asesinato o desaparición forzada. La investigación combina la reconstrucción de narrativas personales con un análisis crítico de la memoria y los estudios sobre sobrevivientes de hechos de violencia masiva, con lo que se destaca la importancia de las estrategias creativas en la resignificación de experiencias traumáticas. Por medio de prácticas de agenciamiento y resistencia, se evidencia cómo ellas han transformado los sentidos de la pérdida familiar en nuevas formas de lo que aquí denominamos “habitar la casa”. La investigación demuestra cómo estas prácticas desafían las narrativas oficiales sobre lo que significa “ser víctima” del conflicto armado y contribuyen a la construcción de una memoria colectiva crítica y plural en los sobrevivientes de violencia política.

Palabras Clave:

violencia política; víctima; memoria crítica; Colombia

Recepción: 10/7/2025

Aceptación: 8/9/2025

Re-inhabiting the home: Political subjectivities and the memory of absence in Colombia's years of insurgency and counterinsurgency.

Abstract

This article explores the configuration of subjectivities associated with experiences of political violence in Colombia during the 1980s and 1990s. Based on ethnographic interviews and archival analysis, it analyzes how three relatives of victims of political violence have survived the absence of their loved ones, either by assassination or forced disappearance. The research combines the reconstruction of personal narratives with a critical analysis of memory and studies on survivors of mass violence, highlighting the importance of creative strategies in the resignification of traumatic experiences. Through practices of agency and resistance, survivors have transformed senses of family loss into new forms of what we refer to here as “inhabiting the house”. The research demonstrates how these practices challenge official narratives about what it means to “be a victim” of the armed conflict and contribute to the construction of a critical and plural collective memory by survivors.

Keywords: Political Violence; Victim; Critical Memory; Colombia

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional. (Atribución-No Comercial-Compartir Igual)
<https://doi.org/10.59339/c.v12i24.761>
Perez, M. E. (2024). Imágenes digitales para la memoria de Campo de Mayo: ciencias y estéticas forenses ante el exterminio. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 12(24).



“Rehabitar la casa”: subjetividades políticas y memorias de la ausencia en tiempos de insurgencia y contrainsurgencia en Colombia

TANIA MARCELA HERAZO MAYORGA* Y ANA GUGLIELMUCCI**

Introducción

Las políticas insurgentes y contrainsurgentes durante las décadas de 1980 y 1990 en Colombia afectaron a gran parte de la población, entre la que se encontraban no solo a los actores directamente involucrados en el conflicto armado. De hecho, las personas protagonistas de nuestra investigación afirman que, en el marco de estas políticas, “la guerra se nos metió a la casa”, lo cual causó descalabros en espacios sociales, relaciones afectivas, legados familiares, entre otras dimensiones de la vida cotidiana.

La casa¹, entendida en términos relacionales y metafóricos como el ámbito de la configuración de la intimidad, es un espacio donde lo familiar y lo público se entrelazan y revelan las complejidades del impacto de formas de violencia extrema. En ellas, como ha analizado Pamela Colombo (2017) para el caso de las desapariciones forzadas en Tucumán, Argentina (1975-1983), lo conocido y lo cotidiano conviven con una ausencia que nunca se resuelve. La desaparición inaugura así nuevos modos de ser y estar allí: los modos del (des)habitar, de continuar viviendo en la misma casa, pero de una manera dislocada, “des-esperada”. Estos espacios pueden, por lo tanto, convertirse en un testimonio material y simbólico de profundas transformaciones en las relaciones sociales y en las formas afectivas de construir memorias personales y colectivas. Para dar cuenta de dichas transformaciones, en este texto reconstruimos y analizamos las narrativas memoriales

1 La metáfora de la casa no surge de manera explícita en las voces con quienes interlocutamos, sino que constituye una elaboración conceptual propia. Esta figura articula dos dimensiones: por un lado, la experiencial, que permite comprender cómo la violencia irrumpe en lo íntimo y reconfigura los vínculos familiares; y, por otro, la teórica, que dialoga con autores que han concebido la casa como objeto cultural y de memoria (De Matta, 1987; Perrot, 1991; Jelin, 2001; Ricoeur, 2002). En este sentido, la metáfora funciona como recurso hermenéutico para interpretar cómo la violencia política irrumpe en lo íntimo y reconfigura los vínculos familiares y las subjetividades.

* Psicóloga, Magíster en Conflicto, Memoria y Paz. Estudiante del Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad del Rosario. Líder de Apropiación Social del Conocimiento y profesora de la Universidad Autónoma de Bucaramanga. ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-0657-1116> Contacto: therazo@unab.edu.co

** Doctora en antropología, Universidad de Buenos Aires. Investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Profesora de la Escuela de Ciencias Humanas y directora de la Maestría en Conflicto, Memoria y Paz de la Universidad del Rosario. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7498-264X> Contacto: anagugliel74@gmail.com

configuradas por familiares sobrevivientes² de tres víctimas de violencia política en Colombia, centrándonos en cómo dicha experiencia de un *evento crítico*³ (Das, 1995) –como la desaparición forzada y el asesinato– ha sido resignificada a través de diversas estrategias estéticas, afectivas e identitarias, que friccionan el canon de la figura de víctima (Gatti, 2017).

De manera semejante a como ya ha señalado Wolf (2019), en cuanto a los descendientes de sobrevivientes del Holocausto, las memorias del *trauma* de sus familiares muchas veces están arraigadas en otros recuerdos positivos, que incluyen la forma en que se han contado las historias de estos eventos. Por lo tanto, los recuerdos posteriores del trauma no necesariamente eclipsan ni dominan otros recuerdos familiares más positivos, entre ellos los recuerdos de alegría (Wolf, 2019, p. 74).

Con el fin de registrar y analizar la manera en que se han construido memorias vividas en espacios donde se habita la ausencia, se realizaron conversaciones informales y entrevistas etnográficas con la esposa de un trabajador de la cafetería, desaparecido en la retoma del Palacio de Justicia (1985), la hija de un exdirigente guerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN) asesinado en 1985 por miembros de su propio grupo y el hijo de un periodista y poeta asesinado en 1991 cuando investigaba sobre una masacre paramilitar. A su vez, se consultaron diversas fuentes documentales como fotografías, artículos periodísticos, videos, libros y legajos jurídicos para reconstruir los contextos en los que tuvieron lugar estos crímenes y los ejercicios de memoria llevados adelante por nuestras interlocutoras e interlocutor.

Para realizar este análisis sobre la manera en que los eventos de violencia política han sido resignificados a través de diversos procesos de subjetivación, nos basamos en un enfoque fenomenológico-hermeneúutico (Castillejo, 2009; Fuster, 2019), que destaca la importancia de la experiencia vivida por las personas y su dimensión sensible y simbólica. Las experiencias subjetivas configuran formas de comprender el mundo y modos de relacionamiento particulares en un contexto de conflicto armado. Desde este enfoque, la memoria es comprendida como una dimensión fundamental de la experiencia vivida y, por lo tanto, es considerada un objeto de trabajo o *anamnesis* (Ricoeur, 2003) que se construye, consolida, transmite y legitima en el quehacer cotidiano.

2 El uso de la categoría de sobreviviente ha estado históricamente ligado a quienes fueron blanco directo de violencias extremas. Sin embargo, en el contexto colombiano, la violencia política no se limita a un hecho acotado en el tiempo, sino que se prolonga y se transforma, afectando de manera directa y sostenida a los familiares de las víctimas de diferentes modalidades de violencia. En ese sentido, siguiendo a Das (2007) y Segato (2016), la violencia no se clausura en el instante del acto, sino que se inserta en la vida cotidiana y en el tejido social, y reconfigura las relaciones y la experiencia de quienes permanecen. Así, los familiares de las víctimas no solo cargan con la ausencia, sino con la reproducción de amenazas, el desplazamiento forzado, la estigmatización o la revictimización institucional, lo que los sitúa en una condición de supervivencia extendida. Por ello, el empleo de la categoría en este trabajo busca visibilizar la experiencia específica de quienes resisten a los vestigios persistentes de la violencia, no como una extrapolación acrítica del uso original del concepto, sino como una adaptación necesaria al caso, donde la supervivencia implica afrontar cotidianamente la continuidad y mutación de las formas de violencia.

3 Según Veena Das (1995), un evento crítico es aquel que produce una ruptura en la continuidad de la vida cotidiana, y genera una pérdida de sentido y la necesidad de reconfigurar las formas de actuar y comprender el mundo. Estos eventos no solo son traumáticos, sino que también tienen el potencial de transformar las estructuras sociales y las formas en que las personas se relacionan con su entorno.

Como mostraremos más adelante, en el marco de estas experiencias de subjetivación y construcción de memorias en contextos de violencia, el reconocimiento social y jurídico del sufrimiento y la condición de víctima han tenido un lugar central (Fassin y Rechtman, 2009; Guglielmucci, 2017; Zenobi, 2023), pero este no agota las maneras posibles de dotar de sentido ciertos eventos traumáticos y sus marcas en distintos espacios de vida como la casa. La experiencia subjetiva de la violencia y como se habita la ausencia-presencia son, por lo tanto, elementos centrales en nuestro análisis.

La guerra se nos metió a la casa: violencia política en Colombia en las décadas de 1980 y 1990

Para poder comprender las experiencias originarias de violencia que atravesaron a las personas que hacen parte de este trabajo es importante detenerse en las décadas de 1980 y 1990 en Colombia y observarlas desde las macropolíticas latinoamericanas en un contexto internacional. Las tensiones crecientes de la Guerra Fría (1947-1991), una amenaza nuclear inminente y las más crueles violaciones de derechos humanos, resumen someramente lo que significaron esas décadas marcadas por acciones de insurgencia y contrainsurgencia a nivel nacional, regional y mundial (Grandin, 2004; Vega Cantor, 2015).

En Colombia, durante ese periodo, se sostuvo la dicotomía constante entre la búsqueda de la paz y, al mismo tiempo, la continuidad de acciones violentas de muy alta complejidad ejecutadas por diferentes actores armados como guerrillas, paramilitares, narcotraficantes y las propias fuerzas públicas. La complicidad de sectores institucionales para cometer graves delitos, la expansión de los grupos armados, la fragmentación del territorio y el despojo de tierras fueron hechos clave de esta época, al igual que la organización de iniciativas colectivas de movilización social y política para defender la vida y los territorios y ampliar la participación ciudadana en los mecanismos democráticos republicanos. Según Marín Rivas (2017), hacia finales de la década del 80 fue la cúspide de las violaciones masivas y sistemáticas de los derechos humanos. La población civil se convirtió en el blanco de las acciones armadas y se impusieron prácticas y repertorios de violencia que hasta el día de hoy siguen en aumento, incluso después de la firma del Acuerdo de Paz entre el gobierno nacional y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) en el año 2016. A su vez, se registraron eventos que marcaron el curso de la historia del conflicto armado en el país. Desde el Estado se persiguió al opositor político al punto de liquidarlo, como ocurrió con miles de integrantes de la Unión Patriótica (UP). Finalmente, se terminó por consolidar con mucha precisión una relación siniestra entre lo legal y lo ilegal, instalada en los vestigios de la institucionalidad.

Revisar lo acontecido a la luz de las experiencias de los familiares de víctimas de violencia política está surcado por las marcas de la impunidad. Sin embargo, en el marco de estas circunstancias, también han emergido diversas iniciativas de denuncia pública que han obligado a mirar una y otra vez hacia el pasado. A conti-

nuación, reconstruimos tres episodios violentos que ocurrieron durante esta época y que marcaron de manera significativa la vida de las personas que acompañaron este trabajo de investigación. Esta reconstrucción ha estado guiada por nuestro propio criterio de selección, tomando en consideración elementos significativos de la propia experiencia discursiva de nuestras interlocutoras e interlocutor.

El Palacio en llamas: La desaparición de Jimmy

El 6 de noviembre de 1985, miembros de la organización guerrillera urbana Movimiento 19 de abril (M-19) tomaron el Palacio de Justicia en Bogotá para juzgar al presidente Betancur por incumplir los acuerdos de paz. La respuesta del Estado fue un asalto militar de más de veintisiete horas con tanques, explosivos y más de mil soldados. Más de trescientas personas estaban dentro, entre ellas Héctor Jaime Beltrán, mesero de la cafetería. La operación dejó alrededor de cien muertos, incluidos magistrados y civiles, y varios desaparecidos. Reconstruir lo sucedido alrededor de la toma y retoma del Palacio es un trabajo difícil, pues se superponen múltiples voces en torno a cómo ocurrieron los hechos en un espacio que fue completamente destruido por el fuego (Guglielmucci y Márquez, 2022). El Palacio en llamas, con decenas de cadáveres y restos incinerados, fue televisado. Sin embargo, algunos hechos siguen siendo un misterio porque miles de documentos fueron destruidos, escondidos o censurados.

Jimmy, como cariñosamente lo llamaba su familia, fue visto por última vez siendo evacuado del Palacio. Ese día llevaba consigo una foto de sus hijas, tras prometerle a Pilar, su esposa, que si la perdía no volvería. No volvió. Fue clasificado como “rehén especial” y sometido, como otros trabajadores, a torturas e interrogatorios. Su familia lo buscó durante treinta y dos años, y recibió amenazas por insistir en la verdad. El 18 de septiembre de 2017, día en que cumpliría sesenta años, recibieron sus restos: su cuerpo fue encontrado en la tumba del magistrado auxiliar Julio César Andrade. Jimmy tenía veintiocho años cuando desapareció.

Lo que la violencia se llevó: el asesinato de Julio Daniel Chaparro

El 24 de abril de 1991, Julio Daniel Chaparro, cronista de *El Espectador*, fue asesinado en Segovia (Antioquia) mientras investigaba sobre una masacre paramilitar ocurrida en 1988. Viajaba junto a Jorge Torres, reportero gráfico, con quien registraba cómo los pueblos marcados por la violencia sobreviven gracias a la voluntad de paz de sus habitantes. Junto a su cuerpo encontraron sus gafas, una caja de cigarrillos y una libreta en la que había escrito: “asoma el blanco sol de abril”. Aunque inicialmente la Fiscalía atribuyó el crimen al ELN, la investigación fue negligente: no se examinaron los riesgos del oficio ni se entregó su libreta de apuntes. El 23 de abril de 2025, el Estado Colombiano firmó un acuerdo de solución amistosa reconociendo su responsabilidad y comprometiéndose a la reparación integral.

Julio fue poeta antes que periodista. Desde niño escribía versos que recogía con devoción. En vida publicó *Y éramos como soles* y *País para mis ojos*; después de su asesinato, se publicó *Árbol ávido* y más tarde *Antología viva*. Murió con veintinueve años, sin llegar a escuchar el balbuceo de su hijo, como escribió en un poema

premonitorio. Su asesinato fue declarado crimen de guerra⁴, un acto imprescriptible que aún resuena en la memoria del periodismo colombiano y en la poesía que dejó sembrada como rastro de su sensibilidad.

El “ajusticiamiento” de desertores: el asesinato de Ricardo Lara Parada

Ricardo Lara Parada fue uno de los primeros exguerrilleros del ELN que abandonó las armas para fundar el Frente Amplio del Magdalena Medio (FAM), un movimiento social y político de izquierda. Fue elegido concejal por voto popular, pero su tránsito a la vida civil le costó la vida. El 14 de noviembre de 1985 fue asesinado, y su hija Mónica, siendo apenas una niña, lo vio agonizar a través de una puerta entreabierta. Tras nueve años en el monte, Ricardo decide desertar del ELN en 1973, fue capturado y condenado, y tras cumplir condena, se acogió a la amnistía de Betancur en 1983. A pesar de ello, la dirección del ELN nunca le perdonó su salida: lo declararon traidor y ordenaron su muerte.

Ricardo no fue asesinado por el Estado, sino por sus antiguos compañeros de lucha. En los relatos oficiales del ELN su figura ha sido borrada o vilipendiada: no se le reconoce como cofundador y su memoria ha sido distorsionada con acusaciones sobre su vida personal y su moral. En libros como *ELN: una historia contada a dos voces* de Carlos Medina Gallego (1996), su desertión es usada como justificación de su asesinato. La violencia de su exclusión muestra otra forma de silenciamiento: no sólo se mata el cuerpo, también se borra el legado.

La casa vacía: habitar la ausencia

Los procesos personales e íntimos que ocurren en y alrededor de estos eventos críticos se vinculan con temas y problemáticas de interés público, histórico y de construcción de memorias colectivas sobre las políticas insurgentes y contrainsurgentes de las décadas de 1980 y 1990 en Colombia. En este apartado buscamos responder cómo fueron experimentados y significados estos hechos de violencia por algunos de sus familiares. Para ello reconstruimos la manera en que Pilar (esposa de Jimmy), Daniel (hijo de Julio) y Mónica (hija de Ricardo) han resignificado estas experiencias de violencia de manera creativa y transgresora, en un sentido estético y político.

Para dar cuenta de esto, nos detendremos en tres momentos muy específicos de su historia utilizando la metáfora de la casa (Kövecses, 2002; Lakoff, 1996; Turner, 1969)⁵. Primero, describimos el antes del momento disruptivo violento (cuando la violencia se les metió a la casa); segundo, el momento en el que se corporiza la experiencia de la ausencia, al cual denominamos como *la casa vacía*. Este concepto alude a la experiencia de habitar la ausencia-presencia, la cual se gestiona a través de diferentes herramientas narrativas y estéticas. Tercero, analizamos la trans-

4 En 2018, la Fiscalía General de la Nación, a través de la Dirección Especializada contra las Violaciones a los Derechos Humanos, declaró el doble homicidio como crimen de guerra y responsabilizó al ELN. Para 2020, se profiere una resolución de acusación a tres miembros de la organización. Finalmente, en 2021, la CIDH admite la petición realizada. Más detalles del caso se pueden encontrar [aquí](#).

5 Nuestro lenguaje está saturado de metáforas que simplifican fenómenos complejos y permiten conectar con marcos emocionales compartidos. La casa es entendida en este trabajo como una metáfora que permite dar cuenta de experiencias corporales, culturales y emocionales asociadas a eventos críticos.

formación de esta experiencia por parte de nuestros interlocutores para ubicarse como agentes políticos en el proceso subjetivo de “rehabitar la casa”.

La experiencia vivida de quien permanece en la casa donde entró la violencia puede mutar. Sin embargo, en las entrevistas y conversaciones informales, nuestras interlocutoras e interlocutor marcan un antes y un después de la irrupción de la violencia en el hogar, que produce diversas formas de expresión en la cotidianidad. Cuando la guerra entra a la casa pareciera que no sale nunca, porque se vuelve un bucle infinito. Muchas de las familias deben huir, otras pierden más familiares cuando empiezan a buscar justicia y luchar contra la impunidad o experimentan formas de exclusión, amenazas, silencios intrafamiliares y fragilidades en los vínculos sociales y las condiciones materiales de vida. Paralelamente, cada miembro de la casa parece desdoblarse: los sueños, las costumbres, los hábitos y las percepciones se transforman. Es como si se desintegrara el piso de la casa y, entonces, la propia subjetividad dejara de posar como una, segura y monolítica, apoyada en la norma, para convertirse en una rizomática, flexible, que experimenta otros modos de existencia y de creación (Estrada, 2015).

Los vacíos en la casa que deja la guerra traen consigo para los sistemas familiares la desintegración y recomposición de los vínculos, con el propósito de enfrentar la pérdida de sus integrantes. En el contexto colombiano, en muchos casos acostumbrado a la ausencia paterna, el impacto subjetivo no deja de ser desigual y dinámico. Los cuerpos de la experiencia, femeninos en el caso de Pilar y Mónica, suelen ajustarse a los estándares que el contexto sociohistórico les impone. En el caso de Pilar, ella tuvo que asumir el rol de proveedora de su familia, al mismo tiempo que emprendía la búsqueda de su esposo desaparecido. Ello significó dejar a sus hijas sin su cuidado. Como mujer joven de clase social media baja sufrió las consecuencias de la ausencia de su marido de una manera violenta e intempestiva. Jimmy era para ella un núcleo fundamental, no solo económico sino relacional en su sistema familiar. Su desaparición debilitó la red de apoyo, agudizándose las situaciones de vulnerabilidad:

Cuando ocurrió la toma y retoma y lo desaparecen, pues es que no sabíamos de la desaparición... Es tan cruel, porque uno no sabe si va a llegar o no. Se está esperando todos los momentos del día para que él llegue. Entonces no sabía qué hacer ...lo único que sabía era que tenía que trabajar porque tenía cuatro niñas. Nosotros realmente sí vivíamos de las propinas, entonces ya propinas no había. Yo era la mamá, tenía que responder. Empecé a buscar trabajos y trabajos durísimos. Eran experiencias muy duras, por la humillación. Yo digo que pasó una cosa y es que mis hijas perdieron, se les desapareció el papá y perdieron a su mamá también. Yo nunca volví a estar con ellas, nunca jamás. Me iba a trabajar en lo que fuera y después ya teníamos que iniciar la búsqueda y nos metemos por todo lado. Las denuncias, la búsqueda, las marchas y los juicios se transformaron en mi diario vivir. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

La desaparición de Jimmy produjo en Pilar fuertes implicaciones subjetivas e interpersonales, relacionadas a lo público del caso y la naturaleza misma del hecho: la oscilación constante entre un halo de esperanza por un posible reencuentro o el

hallazgo del cuerpo sin vida. Además, esta situación le impuso *el deber moral de la espera como responsabilidad femenina*. Esto incidió en la forma como Pilar intentó reconstruir su vida luego de la ausencia de su marido y padre de sus hijas:

Me fui a vivir un tiempo a Venezuela porque, cuando yo conocí a mi pareja de ese momento, a los papás de Jimmy y al hermano que era del DAS no le pareció nada gracioso y me amenazó de muerte si yo me iba a vivir con alguien. Fue horrible. Entonces, yo me fui lo más lejos posible. Muchas personas me reclamaron y me desprendí del proceso como dos años y medio o tres. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

La violencia rompe con las formas tradicionales de relación e introduce en la vida de las personas que “habitan la casa” nuevas dinámicas de poder. Se modifican prácticas productivas y reproductivas, distribuciones de roles de género, las formas en las que se transmite y se reciben afectos y las características que definen a cada miembro en la estructura familiar. A su vez, la experiencia se tramita en el cuerpo de forma particular y los marcos sociales donde fue configurado ese cuerpo sostienen los estigmas y normas que, a veces, limitan que los sujetos puedan atreverse a vivir y sentir su experiencia de manera diferente a la que les ha sido asignada. Pero, de manera inevitable, dentro de cada cambio en la configuración familiar surgen otras relaciones, responsabilidades y actividades.

En el caso de Mónica, hija de Ricardo Lara, su cuerpo asumió la experiencia de violencia desde el silencio y el miedo. Los cambios constantes de nombre y de vida agudizaron la ruptura de sus lazos primordiales con el núcleo familiar y dificultaron la resignificación de su experiencia. De manera semejante a Pilar, fue su madre quien asumió al mismo tiempo el rol de proveedora y de cuidadora. Pero, a diferencia del caso de Pilar, al ser aislada de lo sucedido, Mónica vivió una infancia normativizada y amparada en la evasión de la historia de su figura paterna asesinada. En *Los hundidos y los salvados* (1986), Primo Levi advierte que la violencia extrema puede quebrar la subjetividad al carecer de sentido, lo que dificulta su narración. En el caso de Mónica, la evasión no fue una elección, sino una respuesta a la crisis familiar tras la muerte de su padre. Para sobrevivir, las circunstancias pueden incidir en la voluntad de no saber o de evadir la transmisión del recuerdo (Jelin, 2001), lo que impulsa a abrazar una práctica de olvido que permite conservar cierta normalidad y alejar las posibles tensiones que generan estas experiencias traumáticas:

Cuando yo era pequeña, mi papá siempre nos involucró en todo proceso político y social. O sea, yo no era la niña que cantaba rondas y esas cosas... yo iba a reuniones políticas, ayudaba a hacer las banderitas del Frente Amplio del Magdalena Medio... Entonces siempre viví muy, bueno, trastocada porque nos tocaba viajar a Nicaragua, a Panamá, no digas quién eres... Cuando matan a mi papá, yo lo veo morir en la puerta de mi casa... Ahí mi mamá me aísla. Entonces, por primera vez en ese aislamiento yo pude ser una niña normal, pude ir al colegio, salir a la calle, jugar con mis amigas. Cuando a mi papá lo matan, mi mamá queda con todo ese dolor, esa frustración y, entonces, ella nos aísla de todo. Ella no habló de mi papá jamás con nosotros y cuando otras personas se acercaban a hablar del tema de mi papá, ella lo que hacía era “Ay, no toque ese tema, no hable de eso.” ... Fue una relación con todas las ausencias... él

es como abrir una herida, uno a veces prefiere dejar el león dormido, pero es imposible porque el cuerpo, la historia te lo pide. (Mónica Lara, comunicación personal, 24 de enero de 2022)

En el caso de Daniel, él asocia la muerte de su padre con una madurez temprana. En su sistema familiar, contrario al de los otros dos casos, no hubo una fragmentación o desintegración tan radical. La memoria íntima de su padre se llenó de anécdotas e historias que su propia familia le iba relatando. Sin embargo, en un momento determinado de su ciclo vital, es el contexto el que lo llama a pensar a su padre desde otras posibilidades y su subjetividad parece fragmentarse para transformarse en otro sujeto:

Los recuerdos van haciéndose más borrosos y van perdiendo la nitidez que tenían en algún momento, pero bueno, ha habido como momentos en los que trata uno de rescatar más esa primera infancia, sobre todo porque yo creo que Villavicencio enmarca la relación con mi padre, es mi infancia, es un poco también la compañía de estar con mi papá. (...) Evaluarme y mirar hacia atrás no es sencillo ... Él era como un faro..., no solo como esa autoridad y esa relación de autoridad de padre e hijo..., creo que depositaba mucha confianza en él. Una admiración profunda y bueno, es esa idealización, creo yo, del niño hacia el padre, pues, de la infancia hacia la adultez. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

El asesinato de su padre implicó asumir la decisión de tener cierta madurez para afrontar una situación desafiante que le impuso la adaptación a nuevas situaciones, como el cambio de colegio sin la guía y apoyo de su padre. Pero, no fue eso lo que considera como el momento más violento y transformador en términos subjetivos. Esta bisagra la asocia al momento de volver a visitar de manera adulta y voluntaria la memoria de su padre ausente, en un contexto de demanda externa.

Vivir con la presencia de la ausencia o lo que aquí llamamos *la casa vacía* es habitar el silencio y resignificar de algún modo esa figura que fue arrebatada de manera violenta. En las experiencias aquí analizadas, a los intentos por comprender el vacío dejado en las relaciones interpersonales y el propio espacio familiar, se suman la incertidumbre y los sentimientos de indolencia por la falta de respuesta estatal ante la pérdida violenta. La impunidad ha constituido un escenario común para nuestros interlocutores, lo cual ha afectado significativamente la forma en la que significan su experiencia. Por ello, han sido tan contundentes las diversas estrategias y expresiones por medio de las cuales Pilar, Mónica y Daniel han buscado poner de presente lo que les ocurrió a sus seres queridos y movilizar narrativas públicas sobre los hechos. Las formas que fueron elaborando para enfrentar las posibles maneras de comprender su pérdida exceden la norma jurídica de ser considerados como “víctimas”. La búsqueda de un lugar propio de enunciación y posicionamiento público, de hecho, controvierte lo traumático de los hechos y las formas convencionales de transitar un duelo.

Los contextos de violencia y de terror no solo en Colombia, sino en el mundo, nos han mostrado novedosas formas de entender cómo lo subjetivo y lo íntimo habitan en lo colectivo y lo público. Una comprensión alternativa de los duelos apunta justamente a explorar el agenciamiento de las personas que viven experiencias

de violencia y la condición política de muchas prácticas de duelo y luto en dichos contextos (Panizo, 2011). Por supuesto, esto no implica la negación de los hechos victimizantes, ni el sufrimiento que ellos ocasionan. Lo que busca es cuestionar, en cambio, la cosificación de este estado de sufrimiento que, muchas veces, puede incidir en una perspectiva limitada respecto a las formas de gestionar la pérdida y el daño a través de nuevas formas de “habitar la casa” con esas presencias ausentes.

La categorización como víctima puede añadir un capital social, político y cultural a quien es considerado o reconocido institucionalmente bajo esa condición; sin embargo, este es un concepto ambiguo, muchas veces incómodo e insuficiente para las personas que experimentan directamente ciertas formas de violencia (Guglielmucci, 2017). Las interpretaciones que emergen cuando se impone socialmente un concepto como este, pueden recaer también en la estigmatización o, incluso, en la revictimización. La identificación como víctima tiene efectos prácticos en lo jurídico y en lo subjetivo y esto es precisamente lo que Pilar, Daniel y Mónica exceden en sus narrativas memoriales. No es lo mismo ser reconocido externamente como víctima, que autodeterminarse en ciertas situaciones como tal. En principio, este reconocimiento puede generar capacidad de acción, comprensión de la propia experiencia desde otro lugar menos intimista e, incluso, confianza para transmitirla a otros interlocutores. Pero, cuando esta es impuesta como un mandato puede implicar también unos modos de enunciación heterónomos que suponen la identificación como sujeto pasivo. En estos casos, en vez de darle sentido a su propia historia, el sujeto la observa como objeto e, incluso, la concibe desde la comprensión de los otros. Esto puede experimentarse como si a esa casa entrara de nuevo la violencia, pero disfrazada de otros modos, a través de la imposición de formas ajenas de sentir y de comportarse.

La narrativa dominante del trauma ocasionado por hechos de violencia política propicia una forma de subjetivación en la que se define a las víctimas desde tópicos preexistentes y se les reduce, por lo general, a la pérdida y al sufrimiento. El entendimiento de lo traumático se ha heredado en la cultura occidental de la medicina tradicional, los estudios psicoanalíticos y posfreudianos que corresponden a un contexto de violencia específico (Fassin y Rechtman, 2009). Pareciera entonces que este estereotipo sostiene lo “traumático” como un lugar irredimible y esencialista. Estas formas de construcción social de narrativas sobre el daño sufrido por la ausencia forzada, que se sustentan también a través de los medios de comunicación y de lo que consumimos, tiende a limitar o moldear la subjetividad de las personas que han sido víctimas a través de una mirada externa que condiciona cómo debería comportarse alguien considerado como tal. Podríamos entender este fenómeno como una economía de la victimización y el trauma: una forma en la que como sociedad hemos decidido aceptar esta categoría para reducir los sentidos heterogéneos e históricamente cambiantes de la experiencia de la violencia que irrumpe el espacio íntimo y produce *la casa vacía*. Ese tipo de entendimiento sobre las experiencias de violencia política, paradójicamente, despoja de agencia a los sujetos que las han vivido y no permite reconocer muchas veces las maneras indeterminadas y autónomas de resistir y transformar la marca de la ausencia-presencia o de “rehabitar la casa”. Como afirma Mónica:

Ahí, te voy a decir, mira, a mí que me digan que tú eres víctima... A mí esa palabra me da escozor. Yo no voy a ser víctima toda la vida, yo lo entiendo más como un tema político y administrativo. A mí me revictimiza *más que me digan víctima. Nosotros no somos solo eso. Somos hacedores, tejedores, transgresores.* (Mónica Lara, comunicación personal, 24 de enero de 2022)

Estrategias narrativas y estéticas para volver a habitar la casa

Las emociones sentidas y expresadas a partir de escenarios de violencia como los arriba descritos, no solo involucran muestras de dolor o tristeza sino también nuevas formas de creatividad y resistencia como la anécdota, el teatro y la escritura, ligadas a la elaboración de concepciones para entender y habitar con las ausencias-presencias.

Los protagonistas de este texto habitan con la pérdida y las marcas de la ausencia, pero esta no es una experiencia estática ni enclaustrada. Sus vivencias pueden movilizar a otras personas a vincularse a su experiencia subjetiva a través de los sentidos públicos generados. La comprensión de los procesos y de las experiencias de violencia política van más allá del linaje sanguíneo o familiar, lo que genera ámbitos de expresión colectiva. Las estrategias narrativas u objetos culturales, como los denomina Cvetkovich (2003), han sido modos de documentar ciertos hechos, así como de hacer visibles historias alternativas a las oficiales y los reclamos ampliados de verdad y justicia. De hecho, las enunciaciones de nuestras interlocutoras e interlocutor han tenido incidencia en el ámbito jurídico y en la historia sociopolítica de Colombia. Las memorias generadas, transmitidas y tensionadas en las *casas vacías* pueden ponerse en movimiento y transitar a otros ámbitos. Las ausencias-presencias suelen convertir a los que se quedan en *fabricantes de relatos*. Como afirma Despret (2021), los muertos obligan a desplazarnos, dibujan otras rutas y caminos. ¿Qué hacer con esto que me/nos pasó? Las matrices narrativas que han armado Pilar, Daniel y Mónica han servido para ficcionar y actuar la vida de su familiar desaparecido y hacer partícipes a otros de la historización de una ausencia-presencia, detenida temporal y espacialmente por el hecho victimizante.

Para Pilar, la necesidad de contar y emprender el mandato de justicia empezó paralelamente a la búsqueda de Jimmy:

En parte fue una exigencia de la gente, pero también el hecho de que yo veía que esa era la manera que tal vez podría visibilizar su historia y la mía. Yo soy la voz de Jimmy y Jimmy creó en mí todo lo que yo soy. Yo siempre, si viajo, si hablo, si como, siempre le doy gracias a él por todo lo que soy ahora... En mí cambió todo. Somos tres: él, su historia y yo. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

En Mónica también se enlazan un impulso externo y uno íntimo. Un profesor la induce a indagar sobre la figura política de su padre ausente y ella articula esta demanda a preguntas sobre su propia identidad. Hablar de Ricardo es hablar de ella misma y su historia:

Después de muchos años de tener enterrada su imagen y su historia, la vida me lo trajo de vuelta una tarde en la universidad en la que tenía que exponer acerca de las guerrillas colombianas. A mí me tocó trabajar o investigar sobre el ELN. Recuerdo que expuse y no mencioné a mi papá por miedo, pero el profesor me dijo, “Mónica, le hace falta mencionar a un personaje que tuvo repercusión internacional”. Lo llamé aparte y le dije que yo no podía hablar de ese señor porque era mi papá; el profesor me miró y me dijo: “¿Por qué cree que le puse a usted el ELN?”. Me sorprendió... ¿Cómo es que ese profesor sabía de mi papá? Yo salí corriendo y de inmediato nació en mí una necesidad de saber quién era mi papá... Siento que me hice tarde las preguntas. (Mónica Lara, comunicación personal, 24 de enero de 2022)

En el caso de Daniel, el impulso para reconocer la existencia de su padre desde otros lugares no tan familiares estuvo dado por su experiencia universitaria y el activismo político en Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.) Colombia. El significado de la ausencia-presencia de su padre fue transformado por su participación en otros espacios de socialización que lo interpelaron como estudiante de historia y como activista de derechos humanos:

Lo que se abrió fue otro tipo de preguntas que plantean otro tipo de ejercicio de memoria, otras preguntas a las que yo no le tenía respuesta y que empiezan a aparecer... Yo sabía que él fumaba, le gustaba el ron y era mujeriego y ya está. Hay aspectos de la vida de las personas que, pues, han sido vitales para nosotros y que no están, que el desconocimiento pues de estas facetas múltiples de esta vida de estas personas por un lado nos hacen como complementarlas... Yo tenía un rompecabezas como incompleto, me tocaba empezar a llenar las fichas. Empecé a ser parte de H.I.J.O.S y allí las anécdotas y la cotidianidad se transformaron en otras preguntas, en otros ejercicios de vinculación para entender la trayectoria de vida de Julio Daniel Chaparro. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

Cada uno ha transitado por distintos espacios sociales y ha recurrido a diferentes estrategias narrativas y estéticas para hablar de las ausencias-presencias, pero la interacción con otras personas que vivieron experiencias semejantes es reconocida como de gran importancia. Pilar y Daniel, sobre todo, han pertenecido a organizaciones sociales que llevan adelante acciones colectivas relacionadas a la memoria y la búsqueda de justicia por graves violaciones a los derechos humanos. Para Pilar, lo colectivo fue clave para iniciar las acciones que emprendió a partir de la desaparición de Jimmy:

Cuando empezamos a ver el accionar de las madres de la Plaza de Mayo, lo de salir a caminar con las fotos, entonces nos copiamos de eso, dio resultado, eso la gente no lo olvida. Yo tengo la fortuna de que, y lo digo y se lo digo a las familias del Palacio de Justicia, a mí no me tocó sola en este caminar, pues estaban las otras familias y caminamos juntos la ciudad y eso es algo bueno... Yo me juntaba con otros y pensábamos en qué hacer. Yo creo que el arte ha sido en todo el sentido. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

Pilar se ha convertido en una mujer buscadora tras la desaparición de Jimmy, y ha encontrado en el teatro una forma de mantenerlo presente. En *El palacio Arde* (2018), obra de creación colectiva en la que participa ella e Inés Castiblanco, re-

construyen los hechos del 6 y 7 de noviembre desde la cotidianidad donde sus seres queridos no han desaparecido del todo. Objetos, escenas y música evocan su presencia, como cuando Pilar baila con un esqueleto al ritmo de *Las Tapas* de Lizandro Mesa. Su trayectoria incluye bordar, pintar, caminar, aparecer en medios y hasta enterrarse viva, siempre para exigir verdad y justicia. Hoy, ella se autodenomina buscadora:

Yo me sorprendo. Esto para mí ha sido como una carrera. Lo hice tan mío que la gente lo respeta. Mi pareja ha sido mi cómplice, se pone la foto de Jimmy, se pone el trapo, lo quiere, lo siente como si fuera su hijo porque ya somos viejos y Jimmy se nos quedó de 28 años. Yo quiero dejar en alto el trabajo de ser buscadora, no caso Pilar Navarrete, sino lo que significa la víctima como desaparecida. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

Para Daniel, sus transformaciones subjetivas más profundas comenzaron cuando retornó a la historia de su padre:

Yo en el primer semestre de la universidad tenía como unos ejemplares de *Papaito País*, que era un libro de crónicas que se compiló después del asesinato de mi papá, y había un par de cajas en la casa... En el primer semestre de la universidad vi esas cajas y bueno, se las voy a llevar a la gente que estudia conmigo. Es que hubo una apertura de contextos donde el tema se convierte en importante, relevante, con gente interesada en abordarlo. Abrí otras preguntas, eso era una manera de reactualizar quién era mi papá y saber de su existencia y de no dejarlo caer en el olvido. En las circunstancias familiares y de amigos y la llegada a H.I.J.O.S también me las planteó, esa era la gran pregunta... Nosotros somos la segunda generación de la izquierda, que le golpearon tanto en los ochenta y los noventa, nosotros somos eso. Aquí no estamos hablando de otros hijos, de otros sectores victimizados, sino de izquierda. Por eso la pregunta tan potente de empezar a mirar esa identidad política. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

La escritura y la autoficción han sido el espacio que Daniel ha construido para atravesar el camino de la memoria de su padre y de sí mismo:

Para mí fue un despertar, sobre todo cuando estuve en España, porque yo me sentía realmente incómodo, habitaba el malestar... Allá encontré la fórmula para salirme de ese lugar. Y ya luego, para mí de verdad que fue un disfrute, me gocé como no lo había gozado el tema de escribir eso que salió publicado en *El Espectador*. Porque a ver, ... hay que matar al padre, pero ¿Cómo matamos al padre que está muerto? Pues hay que ser muy meticuloso, porque además uno lo quiere y lo ama. Entonces, matar al padre es matarme a mí y por eso duele tanto. Y mi postura es disfrutar lo relacionado a mi papá, ya no cobijado por la tragedia o el sufrimiento. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

El artículo que menciona Daniel se titula “Asoma el blanco sol de abril”⁶. El relato se basa en la libreta de apuntes que Julio cargaba el día que lo asesinaron y lo que Daniel hace es reconstruir el texto que hacía par-

6 Chaparro, D. (2024, abril 27). Daniel Chaparro: “Asoma el blanco sol de abril”. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia/mas-regiones/daniel-chaparro-asoma-el-blanco-sol-de-abril-article/>

te de una serie de crónicas llamada *Lo que la violencia se llevó*. El texto lo rescató de un expediente judicial y solamente tenía tres páginas. Fue publicado el 21 de abril de 2021, cuando se cumplían treinta de años de su asesinato:

Ese artículo significó como coger desde el lugar donde el árbol me brindó sombra y me acogió pero que, en los últimos años, en mi vida adulta, se ha vuelto tan complejo. Yo cogí ese artículo y empecé a subir rama por rama y me paré allá arriba y me proyecté. Yo creo que la gente afuera no lo percibe, pero en ese momento, escribí el nombre de mi papá y el poder lo tenía yo... Era un desdoblamiento muy raro. Es una condición dada desde ese miércoles en la noche que escribí... allá está, eso es. ¿Con esta cosa qué hago? ¿Hago lo que otra gente espera? Pues no, eso es lo que en un momento hice y por eso me gusta ese cuento de transgredirlo. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

Para Mónica, en cambio, su ejercicio ha sido más solitario. La reticencia para hablar de Ricardo tiene como móvil la forma en que lo asesinaron y todas las disputas políticas detrás del porqué. No obstante, fueron justamente las polémicas y los silencios los que la motivaron a iniciar un viaje de reivindicación respecto a la figura de su padre y su praxis revolucionaria. Mónica se ha acercado a él, no solo desde el dolor provocado por su ausencia trágica sino desde un distanciamiento vivencial que le ha permitido revisar esa experiencia y enunciar de manera pública. Para esto, Mónica ha recorrido los pasos de Ricardo por el mundo, entrevistándose con las personas que lo conocieron de cerca y recogiendo toda la información posible sobre él. Incluso de “enemigos”, como el general Valencia Tovar, uno de los hombres que comandó la Quinta Brigada que dio de baja a Camilo Torres y quien más combatió al ELN en la década de 1960.

Yo no soy ni periodista ni nada, pero cuando empezó todo esto me fui al círculo cercano de mi papá: personas que estuvieron con él. Y ellos me mandan a leer un libro. Me dicen, “¿Usted quiere saber qué le pasó a su papá? Léase esto: *Historia contada a dos voces*. Cuando lo leí había una cantidad de monstruosidades de mi papá. Que era un delator, no sé qué. Y yo decía ¿Será que esto es verdad? Y empiezo a investigar... ¿Quién dijo que mi papá los había delatado? Y contacté a Valencia, porque como él era columnista en *El Tiempo*, aparecía su correo... Cuando nos vimos, me empezó a decir que mi papá era un bandido y yo solo le preguntaba si mi papá era un delator. Entonces me dijo: “Yo se lo digo a usted como hija. Su papá jamás delató, pero estaba destinado a morir, porque si no lo mata el ELN lo hubiéramos matado nosotros”. Entonces empecé a hacer un mapeo de todas las personas que estaban vivas, porque no puedo quedarme con una sola versión de la historia. Digamos que he tenido el privilegio de poder escuchar las cosas de primera voz. (Mónica Lara, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

Mónica ha usado también la escritura como una herramienta para construir una historia alternativa, con matices, de la vida revolucionaria de su padre. En los diálogos con ella, la intención de hablar de sus propios recuerdos motivó la narración. La interacción con otras personas que la escucharon con interés fue fundamental para recobrar la voz. Esto ya lo había destacado Pollak (2006) respecto a los sobrevivientes del Holocausto: para que haya transmisión de memorias debe haber

un espacio de escucha respetuoso que permita, a quien ha vivido una experiencia límite, encontrar un espacio de respeto y estima de sí. A medida que Mónica contaba sobre su padre, pasó de la nostalgia y la tristeza a recobrar memorias familiares y a pensarlo, incluso, con felicidad:

He tenido todos los choques posibles. He llorado, sentido impotencia y frustración. Es conocer al papá que no está; es plantearse preguntas que no van a tener respuesta. Es entender por fin que ya no está para responder. Él tiene un video donde habla recién salió de la guerrilla y, al volver a sus gestos, escuchar su voz, el movimiento de sus manos: recordar a quién habías olvidado. (Mónica Lara, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

Conclusiones

En las experiencias previamente analizadas, la ausencia de ciertas figuras familiares en el hogar (como padres o esposo) ha impactado en los roles familiares y en la forma de construir memorias íntimas y públicas. Pero, estas experiencias y testimonios particulares se insertan en preguntas más amplias: ¿Qué hacemos las personas con las emociones y afectos generados a partir de las experiencias de violencia política? ¿Cómo darles un nuevo sentido?

En Argentina, por ejemplo, luego de la última dictadura militar, con las subsecuentes aperturas políticas para denunciar, reconocer y hablar abiertamente de lo ocurrido, nuevas generaciones propusieron formas de revisar y recrear sus legados. Si bien desde el campo interpretativo dominante estos legados suelen ser considerados como traumáticos, ellos también han impulsado nuevas conceptualizaciones y sentidos que inauguran procesos novedosos de reconocimiento, reclamo y agenciamiento de sus propias historias sobre esas ausencias-presencias. La película *Los Rubios* de Albertina Carri (2003) o la novela *Los Topos* de Felix Bruzzone (2008) son un ejemplo de estrategias narrativas y estéticas que elaboraron modos no victimizantes de habitar la experiencia de las desapariciones forzadas y las reconfiguraciones identitarias de los sobrevivientes. El duelo y la victimización aparecen de manera transfigurada en estas obras respecto a su concepción tradicional, sobre todo con relación a la forma en que se concibe la familia y la filiación basada en lazos sanguíneos (Gatti, 2018; Sosa, 2017). Este tipo de narrativa generacional expone el aprendizaje de negociar con esos legados y la participación en la creación de nuevos lenguajes y modos de socializar el sentido de esas ausencias-presencias.

La noción de víctima fue útil para responder a vacíos jurídicos que permitieran homogeneizar fenómenos de violencia, pero en muchos sentidos esto redujo la validez y singularidad de experiencias diversas. Ser víctima implica enunciarse dentro de una categoría fija y esencial, que resulta compleja para sujetos que no quieren sentirse anclados a esa experiencia de esa forma. Eso no quiere decir que no se le reconozca la finalidad que tiene dentro de un proceso de reparación jurídica, pero también funciona como un modo de deslegitimar y desconocer procesos subjetivos emergentes, que se salen de lo estático para dinamizar la particularidad del sufrimiento. En este orden de ideas, nuestros interlocutores se han enunciado desde esta categoría de manera estratégica. Es decir, le han dado un cuerpo de sen-

tido y la han resignificado en los intersticios para darle otro *locus*.

Sus narrativas son una intersección entre lo personal y lo colectivo. La “verdad” de los hechos que se trata de alcanzar en este tipo de testimonios no es una “verdad” epistemológica o metafísica, sino una verdad con un sentido crítico. Se trata de cómo se experimenta aquí y ahora el pasado y cómo ese pasado se refleja en uno mismo, sin que eso signifique despojarse de la capacidad de agencia. Es una construcción a partir de los sentidos de habitar la ausencia-presencia y cómo esto se inscribe en un contexto social determinado.

Los muertos, asesinados o desaparecidos, ocupan un lugar fundamental en la cosmogonía de nuestros tres interlocutores. Ellos son parte de duelos transgresores que sitúan a la ausencia en el aquí y ahora: en la palabra, en la casa, en el último espacio que ocupó el cuerpo físico, y abren un sitio para encuentros donde, al mismo tiempo, caben más habitantes. La experiencia que han vivido Pilar, Daniel y Mónica ha sido un proceso transformativo instaurado en las micropolíticas de subjetividades emergentes. Recordar para ellos es un acto colectivo de creación, una fabulación, un fabricar relatos que recomponen y reconectan a las ausencias con las vidas que habitamos en lo que queda de nuestra casa.

El ejercicio de hacer memoria sobre y con los ausentes-presentes les ha permitido ubicarse en un trabajo de duelo que se realiza en el encuentro con otros. Es ahí donde los sentidos de la experiencia subjetiva se expanden más allá de la categoría traumática de víctima, porque se transmite lo que se ha creado a partir de y con la experiencia de habitar la *casa vacía*. De esta manera, se construyen lazos que no se centran solamente en la narración victimizante de la pérdida, sino en nuevas formas placenteras o alegres de hacer memoria (Wolf, 2019). Ello permite, como afirma Sosa (2017), vestir e invertir las experiencias de la ausencia y la pérdida con nuevos atuendos y campos de afecto, que generan formas alternativas de vínculo fortaleciendo subjetividades emergentes. En estos nuevos sentidos habitamos otros residentes. Cada vez que alguien es “tocado” por estas historias de vida, una nueva habitación se construye dentro de la casa y se revelan formas ampliadas y dinámicas de habitar con las ausencias-presencias. Al crearse estos nuevos espacios de enunciación pueden aparecer otros residentes que habitan esa casa e involucran allí su subjetividad, por lo que se transforman sus propias experiencias y afectos. Es aquí donde el papel de la memoria colectiva cobra sentido, sobre todo, como acto liberador y no de sometimiento.

Hacer memoria es un trabajo de selección, reflexión y de acción que tiene implicaciones políticas, sociales y culturales. Los recuerdos de Jimmy, Julio y Ricardo están mediados por lo que cuentan Pilar, Daniel y Mónica desde su presente. Sus memorias son transgresoras y críticas porque no busca apaciguar el recuerdo sino, por el contrario, reanimar reinterpretaciones, descifrar los mutismos y negaciones que socavan las representaciones de la historia de su familia y le dan libertad para transitar a través de prácticas narrativas y estéticas que buscan retratar lo ausente-presente desde un lugar de enunciación plural y cambiante. Estas prácticas, como lo menciona Richard (2010), se ubican fuera de lo institucional o lo académico, precisamente por eso su heterogeneidad y transgresión disciplinar.

Las historias de Pilar, Mónica y Daniel ejemplifican cómo los sentidos tradicionales sobre la victimización y el trauma pueden limitar la comprensión de las experiencias humanas en contextos de violencia. Su propio trasegar y resistencia a ser definidos únicamente como “víctimas” muestra cómo las estrategias narrativas y estéticas pueden convertirse en un móvil donde los sujetos pueden reclamar su propia voz y narrar su historia desde un lugar de agenciamiento particular. Al cuestionar y transgredir las categorías convencionales, ellos desafían la cosificación y la revictimización a las que a menudo se enfrentan quienes son contabilizados institucionalmente bajo esa categoría. Su propósito les ha permitido trascender los estereotipos y los moles impuestos, para reclamar un lugar como sujetos políticos con capacidad de transformarse a partir y a pesar de las experiencias de violencia que los han marcado. Sus ejercicios han desafiado las construcciones memoriales convencionales a lo largo de una búsqueda inconclusa para comprender y comunicar su historia bajo sus propios términos.

La exposición y transmisión de las experiencias de violencia vividas ha sido concebida por ellos como una transformación creativa de la memoria. El teatro, la autoficción, las cartografías, los archivos, entre otras estrategias de expresión performativa, subrayan el poder transformador del arte y la narrativa en la construcción de memorias y en la reimaginación afectiva de las experiencias de violencia.

Estas formas de contar la propia historia les han permitido reconectarse con la presencia de las ausencias en sus propias vidas, a través de una redefinición de sí mismos. Estas formas, al desvincularse de una narrativa victimizante y abrazar un enfoque creativo, convirtieron a Pilar, Daniel y Mónica en *hacedores y tejedores*. A través de sus prácticas, ellos han puesto el foco en la importancia de las historias íntimas y de las estrategias para (re)habitar la casa en la formación de la historia.

Como advierte Hirsch (2012) al hablar de la memoria transgeneracional o la “posmemoria”, en contextos de violencia masiva, el trenzado que se teje de manera colectiva no se limita solamente a oír palabras, sino a leer silencios, a comprender los olvidos, los pasajes en trámite, los gestos que aparecen y cómo se integra todo ello en el imaginario social con una voz y un sentido de memoria. Por eso, las elaboraciones que invitan a volver a (re)habitar la casa transformados por medio de nuevas filiaciones, lazos afectivos y compromisos políticos son propuestas performativas para seguir creando espacios de apertura, que ponen el conflicto y a los ausentes sobre la mesa, en eso que consideramos “nuestro hogar” y que fue impactado diferencialmente por experiencias de violencia política.

Bibliografía

- Castillejo Cuellar, A. (2009). *Los Archivos del Dolor: Ensayos sobre la Violencia y el Recuerdo Colectivo en la Sudáfrica Contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Colombo, P. (2017). *Espacios de desaparición. Vivir e imaginar los lugares de la violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Cvetkovich, A. (2003). *An Archive of Feelings: Trauma, sexuality and lesbian public cultures*. Durham: Duke UP.
- Das, V. (1995). *Critical Events. An Anthropological Perspective on Contemporary India*. Delhi: Oxford University Press.
- DaMatta, R. (1987). *A casa & a rua: espaço, cidadania, mulher e norte no Brasil*. Rio de Janeiro: Guanabara.
- Das, V. (2007). *Life and Words: Violence and the Descent into the Ordinary*. University of California Press.
- Despret, V. (2021). *A la salud de los muertos*. Buenos Aires: Cactus.
- Estrada, R. (2015). El cuerpo como territorio de la guerra: Efectos micropolíticos del conflicto armado en Colombia. *Revista de Historia Oral*, 18(1), 35-61. Recuperado de <https://revista.historiaoral.org.br/index.php/rho/article/view/523>
- Fassin, D. y Rechtman, R. (2009) *The Empire of Trauma: An Inquiry into the Condition of Victimhood*. Princeton: Princeton University Press.
- Fuster, D. (2019). Investigación cualitativa: Método fenomenológico hermenéutico. *Propósitos y Representaciones*, 7(1), 201-229. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.20511/pyr2019.v7n1.267>.
- Gatti, G. y Kirsten, M. (Eds.). (2018). *Sangre y filiación en los relatos del dolor*. Madrid- Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Gatti, G. (2017). *Un mundo de víctimas*. Barcelona: Anthropos.
- Grandin, G. (2004). *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. Chicago: University of Chicago Press.
- Guglielmucci, A. (2017). El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, 83-97.
- Guglielmucci, A. y Márquez, F. (2022). El poder de las ruinas y la memoria: violencia política, nación y conmemoración en Colombia y Chile. *Revista Colombiana de Sociología*, 45(2), 165-197. Recuperado de <https://doi.org/10.15446/rsc.v45n2.95237>
- Hirsch, M. (2012). *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Nueva York: Columbia University Press.
- Jelin, E. (2001). ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria? En E. Jelin, *Los trabajos de la memoria* (pp. 1-62). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Kövecses, Z. (2002). *Metaphor: A Practical Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Lakoff, G. (1996). *Moral Politics: How Liberals and Conservatives Think*. Chicago: University of Chicago Press.
- Levi, P. (1986). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Ediciones Península.

- Marín Rivas, M. P. (2017). "Las violaciones de derechos humanos en Colombia durante los años 80 del siglo XX: acercamiento a su comprensión histórica desde la degradación y el fortalecimiento de la defensa". *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 22(1). 113-135.
- Medina Gallego, C. (1996). *ELN: una historia contada a dos voces*. Santa Fé de Bogotá: Rodríguez Quito Editores. Recuperdo de <https://www.calameo.com/read/001373409514edc2defc3>
- Panizo, L. (2011). Cuerpos desaparecidos. La ubicación ritual de la muerte desaparecida. En C. Hidalgo (Comp.), *Etnografías de la muerte: rituales, desapariciones, VIH/SIDA y resignificación de la vida* (pp. 17-39). Buenos Aires: CLACSO
- Perrot, M. (1991). Maneiras de morar. En P. Ariés y G. Duby (Eds.). *História da vida privada* (Vol. 4). São Paulo: Companhia das Letras.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones al Margen.
- Richard, N. (2010). *Crítica de la memoria*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sosa, C. (2017). Una mirada queer sobre el duelo y la desaparición. En G. Gatti (Ed.), *Desaparición: usos locales, circulaciones globales*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Turner, V. (1969). *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*. Nueva Jersey: Aldine Transaction.
- Vega Cantor, R. (2015) Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de estado. La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia. En *Comisión Histórica del Conflicto Armado y sus Víctimas en Colombia*, 629-700. Recuperado de <https://bapp.com.co/archivos/1.03.2027.pdf>.
- Wolf, D. L. (2019) Postmemories of joy? Children of Holocaust survivors and alternative family memories. *Memory Studies*, 12(1), 74–87.
- Zenobi, D. (comp.). (2023). *Víctimas: Debates sobre una condición contemporánea*. Buenos Aires: Teseo.